

El Evangelio es del capítulo 4 de S. Lucas.

En aquel tiempo: Fué enviado por Dios el ángel Gabriel á una ciudad de Galilea, llamada Nazareth, á una virgen desposada con un varón, por nombre José, de la casa de David, y el nombre de la virgen era María. Y habiendo entrado el ángel á su presencia, la dijo: Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo: bendita tú entre las mujeres. La cual oyendo ella, se turbó á sus palabras, y pensaba qué suerte de salutación fuese esta. Y el ángel la dijo: No temas, María; porque has encontrado gracia delante de Dios: Mira, concebirás, y parirás un hijo, y le pondrás por nombre Jesus. Este será grande, y se llamará el Hijo del Altísimo: y le dará

el Señor Dios la silla de su padre David: y reinará sobre la casa de Jacob eternamente; y su reino no tendrá fin. Dijo María al ángel: ¿Cómo se ha de hacer esto, si yo no he conocido varón? Y respondiendo el ángel, la dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la virtud del Altísimo te hará sombra. Y por esto también lo que ha de nacer de tí, que será santo, se llamará Hijo de Dios. Y mira, Isabel tu parienta también ha concebido en su vejez un hijo, y está ya en el sexto mes, la que se decía estéril: porque para Dios nada será imposible. Dijo, pues, María: He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra.

MEDITACION.

De la penitencia corporal.

PUNTO PRIMERO. — Considera, que la penitencia corporal, las mortificaciones del cuerpo no son una virtud precisamente de los desiertos, ni privativamente de los claustros: son frutos de penitencia, que brotan en todos los terrenos, y se dan en todas las estaciones. Todos traemos con nosotros mismos aquel cuerpo del pecado, que es menester destruir, crucificándole con Cristo. Nuestros sentidos todos están de inteligencia con el enemigo de nuestra salvación: ni uno hay, digámoslo así, que no nos sirva de ocasión de pecado, que no nos esté armando lazos: *Introdujose la muerte en nuestras casas*, dice el Profeta, *porque entró por las ventanas*. Desengañémonos, que no es posible conservar la inocencia sin la mortificación de los sentidos. Es menester macear la carne con ayunos y con penitencias: es menester que la

circunspeccion y la modestia refrenen la licencia de los ojos, por los cuales se cuela hasta el alma el mas sutil veneno. En tocando el contagio á los sentidos, presto inficiona al corazón.

Nuestras pasiones son muy dignas de temerse; pero toda la fuerza que tienen la deben á nuestra inmortificación. Aliméntalas nuestra sensualidad, y nos hacen guerra con las mismas armas que las damos. Detestemos en buen hora sus perniciosos designios; hagamos mil propósitos y resoluciones: nada alcanza; el medio eficaz para debilitar este enemigo interior es domar la carne, mortificar los sentidos, hacer vida penitente. Si se derriba este cercado, ¿qué maravilla es que la viña esté espuesta á que la vendimien, la pisen, ó talen? *El que sustenta delicadamente á su esclavo*, dice el Sabio, *algun día le verá levantarse contra su amo*. Siempre se comunican al alma las disposiciones del cuerpo: búscase en todo la comodidad; tiénese una vida sensual y regalada; pásanse los mejores dias en ociosidad y entre delicias; nada se niega al antojo de los sentidos; se inventan refinamientos aun sobre la misma delicadeza; y despues de todo esto se querrá que la concupiscencia no hable palabra; que las pasiones estén sujetas á la razon; que no se sienta ni aun el calor, al mismo tiempo que voluntariamente se irrita el fuego por todas partes; esto es, que se pueda pasar ileso entre las llamas del horno de Babilonia. Contar con semejantes milagros, ¿no es querer atolondrarse para perderse con menos remordimiento? ¡Y despues de eso, Señor, me quejaré, me admiraré de mis flaquezas y de mis recaídas!

PUNTO SEGUNDO. — Considera si entre todos los Santos que son objeto de nuestra veneracion, proponiéndolos la Iglesia por ejemplo á nuestra imitacion, se halla siquiera uno que no hubiese mortificado sus sentidos, domado su carne, y hecho vida penitente. Los que nunca perdieron la inocencia, y los que fueron pecadores; los que vivian en medio del mundo, y los que estaban como sepultados en los desiertos; el humilde pastorcillo, y el pobre oficial, igualmente que los que mandaban y edificaban al mundo desde el trono; todos crucificaron su cuerpo, todos hicieron penitencia. El nombre solo de mortificacion nos estremece: asustanos el ayuno y la abstinencia de cuaresma: ¡y no obstante eso pretendemos salvarnos! ¡Todos esperamos ser santos! ¿Puede haber confianza mas presuntuosa?

S. Eduardo fué jóven, fué rey; su vida fué siempre pura, siempre inocente; con todo eso este jóven, este inocente rey mortifica su carne, hace vida rigurosa y penitente. Pero hoy son pocos

los mundanos que no miren con horror todo lo que suena á penitencia. La edad, la dignidad, el estado, la conservacion de la salud, los empleos, los negocios, la delicadeza de complexion, todo clama, todo grita que es menester dispensarse de hacer penitencia. Pues en verdad que la religion no se ha envejecido, ni el Evangelio de Jesucristo se ha mudado, ni los sentidos nos hacen menos guerra, ni el tentador se ha retirado, ni las pasiones están menos vivas. ¿Será quizá que nosotros seremos mas privilegiados? ¿ó acaso se habrá ensanchado un poco mas el camino del cielo? Digámoslo mejor: ¿á vista de esto, serán muchos los que se salven?

¡Cosa estraña! Va una tierna doncellita á sepultarse en vida entre las paredes de un claustro, llevando consigo su primera inocencia: consúmese á penitencias, y á mortificaciones para merecer el cielo; mientras otra hermana suya, entregada totalmente á los pasatiempos del mundo, pasa la vida en diversiones, en cortejos, en saraos, en fiestas, en profanidades, en regalos, y ni siquiera puede oír hablar de ayuno, de mortificacion de sentidos, de cuaresma. Ello es cierto que una de las dos se engaña miserablemente. Pues consultemos al Evangelio, y sabremos cual de las dos va perdida.

De suerte que aun estando dentro del puerto abrigadas de las tempestades, distantes de los escollos, con las pasiones casi apagadas, las almas religiosas y puras no esperan asegurar su salvacion sin el socorro de la penitencia; y aquellas otras almas atestadas de pecados, esclavas de sus pasiones, sitiadas de peligros, creen que pueden muy bien pasar sin esta sal que preserva de la corrupcion, sin este antidoto contra el veneno, sin estas armas contra el enemigo de la salvacion, sin estos frutos dignos de penitencia. ¡Qué ilusion! ¡qué extravagancia!

Conozco, Señor, la necesidad que tengo de estos poderosos medios; y cubriéndome de confusion mi pasada delicadeza, me hace sentir con mayor claridad cuan indispensable me es hacer penitencia. Desde este mismo punto declaro la guerra á mi amor propio, como tambien á mis sentidos; y lleno de confianza en vuestra misericordia, espero que ha de ser fruto de mis presentes propositos una completa victoria.

JACULATORIAS.—Si, dulce Jesus mio, si: crucificado estoy con vos en la cruz, y jamás me apartaré de vuestro lado. (*Galat. 2.*) Ninguno es verdadero discípulo de Cristo, que no crucifique su carne con sus vicios y pasiones. (*Gal. 5.*)

PROPOSITOS.

1 De todo lo que has leído, y de las reflexiones que acabas de hacer, has de concluir que la mortificacion del cuerpo te es absolutamente necesaria; y comprende bien en qué error, en qué peligro están los que solo piensan en regalarse, los que inventan cada dia nuevos primores á la delicadeza, los que se estremecen, se llenan de miedo solo con oír nombrar abstinencia, ayuno, mortificacion de sentidos, penitencia. Nunca olvides aquellas admirables palabras del Apóstol, que acabas de leer: *Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt*. Todos cuantos hasta aqui se han declarado por Cristo, todos crucificaron su carne. Pues los que la tratan con tanta blandura, con tanto regalo; los que no la crucifican, ¿por quién se declaran? ¿de quién serán discípulos? No hay que engañarse voluntariamente; puesto que las damas delicadas, puesto que los señores, que los grandes, que los cortesanos, que los constituidos en dignidad, profesan la misma religion que profesaron los Santos, es menester que tengan una vida crucificada como ellos la tuvieron. Examina qué penitencias, qué mortificaciones haces; y arregla desde luego con aprobacion de tu director las que has de hacer en adelante, resolviendo que no se pase dia sin hacer alguna.

2 Sobre todo han de tener el primer lugar los ayunos de la Iglesia, y las abstinencias de precepto. ¿No es grande irreligion dispensarse de ellas á título de poca edad, de complexion delicada, de salud débil, de condicion noble, cuando no obstante esa débil salud, esa delicada complexion, tienes fuerzas para estarte las tres y las seis horas en el juego, con una postura de cuerpo, y con una aplicacion de ánimo, capaces de rendir á la mayor robustez? ¡Oh! que el ayuno incomoda, y la cuaresma enflaquece. Razon no solo miserable, sino ridicula en quien se llama cristiano. ¿Pues qué, la penitencia es parte de la sensualidad? ¿Y el que hace penitencia pretende lisonjear el gusto, ó fomentar la inclinacion al regalo? Jamás te dispenses, sin notoria y grande necesidad, de las abstinencias y ayunos de precepto: y aun entonces procura recompensar con limosnas, y con otras buenas obras penales, el ayuno y abstinencia de que te dispensan. No te contentes con las penitencias de obligacion: ponte de acuerdo con tu confesor acerca de las que has de hacer voluntariamente, y de supererogacion todos los años, todos los meses y todas las semanas. Si lo consultas con el amor propio, no hallarás mortificacion que te convenga, porque todas te las representará con-

trarias á tu salud. Reprimese, mortificase uno tanto por el mundo y por su propio gusto; ¡y nada se ha de hacer, nada se ha de padecer por su eterna salvacion!

DIA XIX.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN JOSÉ, esposo de la Santísima Virgen Maria, en Judea. (*Véase su historia en este día.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES QUINTO, QUINTILA, QUARTILA Y MARCO CON OTROS NUEVE, en Sorrento.

SAN PANCARIO, romano, en Nicomedia, el cual habiendo sido degollado en tiempo de Diocleciano, consiguió la corona del martirio.

LOS SANTOS OBISPOS APOLONIO Y LEONCIO, en el mismo día.

LOS SANTOS LANDOALDO, presbítero romano, y AMANCIO, diácono, en Gante, los cuales fueron enviados á predicar el Evangelio por el papa S. Martino; despues de muertos obraron muchos milagros.

EL TRÁNSITO DE SAN JUAN, en la ciudad de Pina, varon de gran santidad, el cual vino de Siria á Italia, y edificó allí un monasterio de muchos siervos de Dios, de los cuales fué prelado por espacio de cuarenta y cuatro años, y al cabo esclarecido en virtudes murió en paz.

SAN JOSÉ, ESPOSO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

SAN JOSÉ, esposo de la santísima Virgen (*Gers. serm. de Nativit. Virg.*), y en cierto sentido propio y verdadero padre del Salvador del mundo, nació en la Judea hacia los cuarenta ó cincuenta años antes del nacimiento de Cristo. No se sabe con certeza el lugar de su nacimiento; pero es probable que fué Nazareth, poblacion corta de la Galilea inferior, donde tenia el Santo su habitacion. Era de la tribu de Judá, y de la casa real de David, que reinó hasta la cautividad de Babilonia. Y aunque estaba del todo oscurecido el esplendor de esta regia casa, se conservaba su nobleza en los descendientes de ella, todos de sangre real; bien que sin rentas y sin empleos que la hiciesen brillar en el mundo: nobleza en fin deslucida, que estaba como sepultada en la pobreza y en el estado humilde de los que la poseian.

Los dos evangelistas que escribieron la genealogía de S. José, ambos prueban concluyentemente su descendencia del real tronco de David, aunque por diferentes ramos; tan necesaria era esta circunstancia para que en la persona del Salvador se reconociese indubitavelmente al verdadero Mesias prometido. S. Mateo



S. JOSEF.